

Huelgas, sindicatos y lucha salarial en los textos de Marx y Engels. Algunos apuntes y consideraciones teóricas.

Lucas Poy
IIGG – UBA – CONICET
lucaspoy@gmail.com

Resumen

Si bien no dedicaron un trabajo particular al problema, tanto Karl Marx como Friedrich Engels desarrollaron a lo largo de toda su obra una sistemática reflexión teórica y política sobre el lugar histórico de las luchas “económicas” y las asociaciones sindicales creadas por los trabajadores en su enfrentamiento con la clase capitalista. Desde los primeros escritos de ambos en la década de 1840 hasta las últimas intervenciones de Engels a fines del siglo XIX, pasando por las principales conceptualizaciones de crítica de la economía política de la década de 1860 y las intervenciones políticas en la Internacional, encontramos en la obra de Marx y Engels un conjunto de reflexiones sobre la cuestión de los sindicatos, cuyo análisis resulta importante para elaborar un cuadro de conjunto sobre los principales elementos que marcaron sus teorizaciones al respecto. A pesar de su importancia, se trata de un tema que ha concitado una atención relativamente menor en la historiografía. A partir de un análisis de diferentes materiales de estos autores, basado en el notable trabajo de recopilación realizado hace ya veinticinco años por Kenneth Lapides (1987), aun inédito en español, en este artículo presentamos una serie de consideraciones y apuntes que tienen el objetivo de aportar a una sistematización del análisis sobre el pensamiento marxista respecto a esta cuestión.

1. Los escritos tempranos: la lucha reivindicativa como expresión del proceso de formación de la conciencia de clase

En los primeros escritos de Marx y Engels, en la década de 1840, encontramos un análisis de la cuestión de las huelgas y sociedades obreras que se desarrolló sobre la base de dos ejes fundamentales. Por un lado se analizaba el proceso de formación y estructuración del movimiento obrero en una perspectiva histórica: las transformaciones ocurridas como resultado del desenvolvimiento del capitalismo eran en este sentido el punto de partida a partir del cual se desarrollaba el proceso de luchas y organización de la clase obrera, que debía ser rastreado en términos de un análisis concreto de la experiencia histórica. Por el otro, en los escritos de esta época estos desarrollos en la organización sindical y en las luchas reivindicativas de los trabajadores —y en particular el cartismo inglés— eran valorados en forma positiva en tanto expresión de una progresiva toma de conciencia del proletariado que preparaba las condiciones para su emancipación, pero se consideraba que sus consecuencias en el plano económico inmediato eran limitadas. En efecto, en este período los textos marxistas aun mostraban puntos de acuerdo con la interpretación desarrollada por los economistas clásicos sobre la incapacidad de la lucha económica de los obreros para modificar las “leyes económicas” que, en última instancia, tendían a mantener los salarios en un nivel mínimo.¹

Un ejemplo de este primer abordaje puede encontrarse en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, publicado en 1845, donde Engels rastrea los diferentes pasos y etapas que había seguido el proceso de “rebelión de los obreros contra la burguesía”, iniciado al mismo tiempo que comenzaba a desarrollarse la industria capitalista.² La primera forma de resistencia, “la más brutal y estéril”, había sido el crimen: la necesidad y la impotencia ante una desigualdad social que no llegaban a comprender y consideraban injusta habían llevado a los trabajadores a perder el respeto por la propiedad. Esa forma primitiva de rebelión, no obstante, puso de manifiesto muy pronto sus límites: una etapa más avanzada había sido, para Engels, aquella en la cual la clase obrera “resistió violentamente la introducción de las máquinas”. Se trataba, de todos modos, de una forma de oposición primitiva y que no dejaba de ser aislada: según Engels, el auténtico salto se había producido cuando en 1824 los obreros obtuvieron del Parlamento el derecho de libre asociación, lo que dio lugar a la rápida extensión por todo el país de los sindicatos y uniones obreras. Los fines de las *trade-unions*, que se formaron en todas las ramas industriales, eran “proteger al obrero aislado contra la tiranía y la incuria de la burguesía (...) fijar el salario, y negociar *en masse*, como fuerza, con los patronos” (Engels, 1845).

En su trabajo de 1845, Engels planteaba que todos estos esfuerzos de los trabajadores no podían modificar “las leyes de la economía” ni impedir que el salario “se rija por la relación entre la oferta y la demanda en el mercado del trabajo”: su historia era la de una “larga serie de derrotas obreras, interrumpida por algunas raras victorias”. Las asociaciones obreras eran impotentes “contra las grandes causas que obran” sobre las relaciones de oferta y demanda: “en caso de crisis económica, la asociación se ve obligada a reducir ella misma el salario, o disolverse completamente; y en el caso de un alza importante de la demanda de fuerza de trabajo, no puede fijar el salario a un nivel más elevado que el que determinaría por sí misma la competencia entre capitalistas”. “La clase poseedora, y especialmente el sector industrial de esa clase en contacto directo con los obreros, lucha con extrema violencia contra las asociaciones y trata constantemente de

demostrar a los obreros su inutilidad con la ayuda de argumentos que, desde el punto de vista económico son enteramente correctos, pero por eso mismo son en parte falsos, y no tienen absolutamente ningún efecto sobre una mentalidad obrera". Engels creía, en cambio, que las *trade-unions* sí podían operar en torno a las causas "de menor importancia, y cuyo efecto no es generalizado":

... si el industrial no se enfrentara a una oposición concentrada, masiva, de parte de sus obreros, poco a poco disminuiría cada vez más los salarios para acrecentar su ganancia; la lucha que él tiene que sostener con sus competidores, los demás industriales, lo obligaría a ello y el salario caería pronto a su nivel mínimo. Pero la competencia de los industriales entre sí es, en las condiciones normales medias, frenada por la oposición de los obreros (Engels, 1845).

Para Engels, la importancia histórica de las huelgas y los sindicatos no estaba dada, de todas formas, por su limitada capacidad de enfrentarse a las leyes económicas, sino por el hecho de que representaban "el primer intento de los obreros para abolir la competencia". La organización de los trabajadores, aun en el nivel más elemental de defensa de sus reivindicaciones económicas e incluso cuando no fuera capaz de doblegar las "leyes económicas", ponía de manifiesto que "la dominación de la burguesía no está fundada sino sobre la competencia de los obreros entre sí" y al enfrentar esta división éstos ponían en cuestión el "nervio vital del orden social actual". Las asociaciones contribuían, además, "a cebar el odio y la exasperación de los obreros contra la clase poseedora". La frecuencia y extensión de las huelgas eran, para Engels, "la mejor prueba de la extensión alcanzada por la guerra social en Inglaterra". Las huelgas no lograrían "arreglar nada definitivamente", pero eran la prueba más segura de la proximidad "de la batalla decisiva entre proletariado y burguesía". Eran "la escuela de guerra de los obreros, donde se preparan para el gran combate en lo sucesivo ineluctable". Un extenso tramo del libro estaba dedicado a analizar el desenvolvimiento del cartismo inglés (Engels, 1845).

Por esos años también el propio Marx desarrollaba argumentos similares. En uno de los tramos más clásicos de *Miseria de la Filosofía*, escrito en 1846-1847, se planteaba una reflexión sobre las distintas fases que atravesaba el proceso de estructuración de los trabajadores como clase: si el desarrollo de la industria jugaba un papel determinante, también debía tenerse en cuenta el proceso de luchas y enfrentamientos a través de los cuales los obreros desenvolvían sus organizaciones y se enfrentaban a los capitalistas en su conjunto. En un pasaje muy citado, Marx apuntaba que

... las condiciones económicas transformaron primero a la masa de la población del país en trabajadores. La dominación del capital ha creado a esta masa una situación común, intereses comunes. Así, pues, esta masa es ya una clase con respecto al capital, pero aún no es una clase para sí. En la lucha, de la que no hemos señalado más que algunas fases, esta masa se une, se constituye como clase para sí. Los intereses que defiende se convierten en intereses de clase. Pero la lucha de clase contra clase es una lucha política (Marx, 1847a).³

También en el *Manifiesto del Partido Comunista*, publicado por Marx y Engels en 1848, encontramos un señalamiento respecto a las diferentes fases y etapas recorridas por el proletariado en su proceso de desarrollo y estructuración histórica. Su lucha contra la burguesía, según el *Manifiesto*, databa "del instante mismo de su existencia": si en un primer momento la resistencia era protagonizada por "obreros aislados", más adelante

se extendía a los de una fábrica, a los de toda una rama, o a los del conjunto de una localidad. En una primera etapa, cuando los obreros “forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia, las concentraciones de masas de obreros no son todavía fruto de su propia unión, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos propios tiene que poner en movimiento —cosa que todavía logra— a todo el proletariado”. Con el progresivo desarrollo de la industria, sin embargo, la unidad en las filas obreras se iba estrechando: el avance tecnológico tendía a “borrar las diferencias y categorías” que dividían a los trabajadores, al tiempo que reducía los salarios “a un nivel bajísimo y uniforme”, como resultado de lo cual tendían a uniformarse “los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado”. Pero no se trata solamente de los avances provocados por el propio desarrollo del capitalismo sino de rastrear históricamente la acción colectiva de los trabajadores para enfrentar a sus adversarios de clase: pronto “los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios”. Una vez más encontramos aquí la idea de que el objetivo de las sociedades y organizaciones permanentes creadas por los obreros no es tanto obtener un triunfo —que será “transitorio siempre” — sino fundamentalmente “ir extendiendo y consolidando la unión obrera”. De esta forma

... las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años (Marx y Engels, 1848).

2. Cambios y continuidades en las décadas de 1850 y 1860: El lugar de los sindicatos y la lucha salarial en la crítica de la economía política

El propio Engels señalaría tiempo después que en estos años tanto él como Marx tenían una interpretación aun “unilateral” del sindicalismo, en tanto se planteaba una lectura que reivindicaba el desarrollo de las huelgas y asociaciones obreras como un factor que era progresivo en la medida en que fomentaba la unidad y la conciencia del proletariado pero que resultaba incapaz de modificar las “leyes económicas” impuestas por el capital (Lapides, 1987: 181). Uno de los ejemplos más claros es una serie de conferencias dictadas por Marx en Alemania durante 1847, algunas de las cuales fueron editadas más tarde bajo el título de *Trabajo asalariado y capital*.⁴ Engels dijo sobre estos discursos que “en los cuarenta Marx no había completado aún su crítica de la economía política, lo cual ocurriría recién en los cincuenta” (Lapides, 1987). En uno de sus discursos, que permaneció inédito y fue publicado recién en la década de 1920 en ruso y en inglés en la de 1970, Marx señalaba explícitamente que

Los economistas tienen razón cuando señalan en contra de las asociaciones: 1. Que los costos que traen a los trabajadores son por lo general mayores que el aumento en los beneficios que quieren obtener. En el largo plazo no pueden oponerse a las leyes de la competencia (...) 2. Que si las asociaciones tuvieran éxito en mantener los salarios tan elevados en un país que las ganancias cayeran significativamente en relación con la ganancia promedio en otros países, o que el capital viera bloqueado su desarrollo, la consecuencia sería el estancamiento y la recesión industrial, y los trabajadores se arruinarían junto a sus patrones (Marx, 1847b).

Marx reconocía que “todas estas objeciones de los economistas burgueses son, como dijimos, correctas”, pero agregaba que solo lo eran si se compartía el punto de vista de la burguesía como clase. En efecto, Marx admitía en 1847 que “si respecto a las asociaciones solo se tratara de lo que aparentan, es decir del reclamo por salarios, si las relaciones entre capital y trabajo fueran eternas, estas asociaciones serían aplastadas por la necesidad histórica”, pero agregaba que su importancia residía en el hecho de que constituían “un medio para unir a la clase obrera, prepararla para derrocar al conjunto de la vieja sociedad con sus contradicciones de clase”. Desde ese punto de vista, concluía, “los trabajadores están en lo correcto al reírse de los sagaces maestros de escuela burgueses que les hacen notar que esta guerra civil les está provocando bajas, heridos y sacrificios financieros”, en tanto “el que quiere derrotar a su adversario no discutirá con él los costos de la guerra” (Marx, 1847b).

Todavía en 1853 podemos encontrar un razonamiento de estas características: en un artículo publicado en *New York Daily Tribune* Marx cuestionaba a “una clase de filántropos, e incluso de socialistas, que consideran que las huelgas son perjudiciales a los intereses del “trabajador mismo”, y cuyo gran objetivo consiste en descubrir un método para asegurar salarios promedios permanentes”. Su posición, en cambio, era que

... las alzas y bajas de salarios, y los conflictos continuos entre patrones y obreros que resultan de ellas, son, en la presente organización de la industria, el medio indispensable de mantener alto el espíritu de las clases laboriosas, de combinarlas en una gran asociación contra la opresión de la clase dominante, y de evitar que se conviertan en apáticos e inconscientes instrumentos de producción, mejor o peor alimentados. En una sociedad fundada en el antagonismo de clases, si queremos evitar la esclavitud tanto de palabra como en los hechos, tenemos que aceptar la guerra. Para apreciar correctamente el valor de las huelgas y las asociaciones, no debemos dejar que nos ciegue la aparente insignificancia de sus resultados económicos sino tener en cuenta, por sobre todas las cosas, sus consecuencias morales y políticas. Sin las grandes fases alternativas de quietismo, prosperidad, sobre excitación, crisis y angustia, que la industria moderna atraviesa periódicamente en ciclos periódicos recurrentes, con las alzas y bajas de salario que resultan de ellas, así como de la constante guerra entre patrones y obreros que se corresponde estrechamente con esas variaciones en salarios y ganancias, las clases obreras de Gran Bretaña y de toda Europa serían una masa débil, vencida y sin capacidad de resistencia, cuya emancipación se mostraría tan imposible como la de los esclavos de las antiguas Grecia y Roma (Marx, 1853)⁵

Algunos años más tarde, cuando Marx desarrolló acabadamente su teoría del plusvalor y profundizó en el estudio de la naturaleza de los salarios y las leyes que determinan su nivel, llegaría a la conclusión de que la lucha de los sindicatos por mayores salarios y reducción de la jornada laboral era de gran importancia económica y podía poner a los trabajadores en condiciones más favorables para la venta de su fuerza de trabajo a los capitalistas. Según Kenneth Lapidés, algunos primeros rastros de esta caracterización más “madura” pueden encontrarse en algunos escritos de la década de 1850,⁶ aunque en cualquier caso se desarrolla plenamente en trabajos de la década de 1860, como *Salario, precio y ganancia* (1865) o el propio volumen I de *El Capital* (1867). En su trabajo de 1865 Marx señalaba, en efecto, que la jornada de trabajo no tenía “límites constantes”: su extensión era, en realidad, el resultado de una lucha entre el intento del capital de “dilatlarla hasta el máximo de su duración físicamente posible” y la resistencia de los trabajadores por “poner límites a las usurpaciones tiránicas del capital”, y proteger de ese modo su propia reproducción como seres humanos. Según Marx, al vender su fuerza de

trabajo al capitalista el obrero cedía el derecho a usarla, “pero no a destruirla”: en tanto el objetivo del capitalista será siempre extender el uso de esa fuerza para obtener una mayor plusvalía, queda en manos de los propios trabajadores establecer “dentro de ciertos límites razonables” el desgaste de esa fuerza, evitando así que la clase obrera se vea sometida “al nivel de la más baja degradación”. Para tener posibilidades de éxito, ese proceso de resistencia y negociación con los patrones solo podía ser desenvuelto por los trabajadores de manera colectiva, nunca individual. Lo mismo valía, desde la perspectiva de Marx, para la lucha por el aumento salarial, en tanto “aun dentro de una jornada de trabajo con límites fijos, como hoy rige en todas las industrias sujetas a la legislación fabril, puede ser necesaria una subida de salarios, aunque sólo sea para mantenerse el antiguo nivel del valor del trabajo” y evitar, nuevamente, un empeoramiento en las condiciones de vida del proletariado (Marx, 1865).

Marx integraba la lucha reivindicativa incluso dentro del cuadro general de los ciclos de la economía capitalista, que

... se mueve a través de determinados ciclos periódicos. Pasa por fases de calma, de animación creciente, de prosperidad, de superproducción, de crisis y de estancamiento. Los precios de las mercancías en el mercado y la cuota de ganancia en éste siguen a estas fases, y unas veces descienden por debajo de su nivel medio y otras veces lo rebasan. Si os fijáis en todo el ciclo, veréis que unas desviaciones de los precios del mercado son compensadas por otras y que, sacando la media del ciclo, los precios de las mercancías en el mercado se regulan por sus valores. Pues bien; durante las fases de baja de los precios en el mercado y durante las fases de crisis y estancamiento, el obrero, si es que no se ve arrojado a la calle, puede estar seguro de ver rebajado su salario. Para que no le defrauden, el obrero debe forcejear con el capitalista, incluso en las fases de baja de los precios en el mercado, para establecer en qué medida se hace necesario rebajar los jornales. Y si, durante la fase de prosperidad, en que el capitalista obtiene ganancias extraordinarias, el obrero no batallase por conseguir que se le suba el salario, no percibiría siquiera, sacando la media de todo el ciclo industrial, su salario medio, o sea el valor de su trabajo. Sería el colmo de la locura exigir que el obrero, cuyo salario se ve forzosamente afectado por las fases adversas del ciclo, renunciase a verse compensado durante las fases prósperas. Generalmente, los valores de todas las mercancías se realizan exclusivamente por medio de la compensación que se opera entre los precios constantemente variables del mercado, sometidos a las fluctuaciones constantes de la oferta y la demanda. Dentro del sistema actual, el trabajo es solamente una mercancía como otra cualquiera. Tiene, por tanto, que experimentar las mismas fluctuaciones, para obtener el precio medio que corresponde a su valor. Sería un absurdo considerarlo, por una parte, como una mercancía, y querer exceptuarlo, por otra, de las leyes que regulan los precios de las mercancías (Marx, 1865).

Sobre la base de estas consideraciones es que Marx llegaba, a mediados de la década de 1860, a una visión más compleja que la sostenida en el período anterior sobre el lugar de las asociaciones y luchas reivindicativas de los trabajadores en el cuadro de la economía política del régimen capitalista. En efecto, en Salario, precio y ganancia planteaba que a la pregunta respecto a las posibilidades de éxito de las luchas reivindicativas “podría contestarse con una generalización” que estableciera que “el precio del trabajo en el mercado, al igual que el de las demás mercancías, tiene que adaptarse, con el transcurso del tiempo, a su valor” y que, en consecuencia, “pese a todas sus alzas y bajas y a todo lo que el obrero puede hacer, éste acabará obteniendo solamente, por término medio, el valor de su trabajo que se reduce al valor de su fuerza de trabajo; la cual, a su vez, se halla determinada por el valor de los medios de sustento necesarios para su manuten-

ción y reproducción”. La conclusión a la que llegaba Marx en 1865 era, sin embargo, que la respuesta no era tan simple, en tanto la fuerza de trabajo poseía “ciertos rasgos peculiares” que distinguían su valor del de otras mercancías. En efecto, el valor de la fuerza de trabajo estaba formado por dos elementos, “uno de los cuales es puramente físico, mientras que el otro tiene un carácter histórico y social”. Mientras que su nivel mínimo estaba determinado por el “elemento físico”, es decir por lo necesario para asegurar la manutención y reproducción de los trabajadores, en la determinación del valor de la fuerza de trabajo también entraban otros elementos de carácter histórico y social, “que brotan de las condiciones sociales en que viven y se educan los hombres” (Marx, 1865).

De esta manera Marx lograba colocar la lucha salarial de los trabajadores como una parte integrante de la dinámica de reproducción del sistema capitalista, y no solo como un factor que contribuía a fortalecer la conciencia de clase y la unidad del proletariado pero se revelaba incapaz de enfrentar las tendencias de las “leyes económicas”. En una carta a Bebel de 1875, en la cual cuestionaba las concesiones hechas por los marxistas alemanes a los planteamientos lassalleanos sobre la “ley de bronce de los salarios”, Engels señalaba que “Marx ha demostrado minuciosamente, en *El Capital*, que las leyes que regulan el salario son muy complejas, que tan pronto predominan unas como otras, según las circunstancias; que, por tanto, estas leyes no son, en modo alguno, de bronce, sino, por el contrario, muy elásticas, y que el problema no puede resolverse así, en dos palabras, como creía Lassalle”.⁷ En *Salario, precio y ganancia*, en efecto, Marx había establecido que

... el máximo de ganancia se halla limitado por el mínimo físico del salario y por el máximo físico de la jornada de trabajo. Es evidente que, entre los dos límites de esta cuota de ganancia máxima, cabe una escala inmensa de variantes. La determinación de su grado efectivo se dirime exclusivamente por la lucha incesante entre el capital y el trabajo; el capitalista pugna constantemente por reducir los salarios a su mínimo físico y prolongar la jornada de trabajo hasta su máximo físico, mientras que el obrero presiona constantemente en el sentido contrario. El problema se reduce, por tanto, al problema de las fuerzas respectivas de los contendientes (Marx, 1865).

3. La intervención de Marx y Engels en el movimiento obrero y su lucha política contra el “sectarismo” y la “aristocracia obrera”

La caracterización elaborada por Marx y Engels sobre el lugar y la importancia históricos de las asociaciones obreras y las luchas reivindicativas no se desarrolló con un objetivo puramente analítico o teórico, sino que guió la intervención activa de ambos en el seno del naciente movimiento obrero. Desde los escritos más tempranos de Marx y Engels vemos que el cuidado por elaborar una reconstrucción histórica de las distintas fases que atravesaba el proletariado en su constitución como fuerza social iba de la mano de una preocupación por participar activamente e influir en la orientación política del naciente movimiento obrero europeo. No hay que olvidar que los ya citados párrafos finales de *Miseria de la Filosofía* formaban parte de una ácida crítica a Proudhon por su hostilidad a las luchas reivindicativas y salariales de los obreros, que eran vistas por el dirigente francés como expresiones de lucha inútiles que no podrían alterar unas normas económicas que llevaban a reducir siempre al mínimo los ingresos de los trabajadores. Desde la perspectiva de Marx, en su incapacidad de advertir el papel progresi-

vo que jugaban los sindicatos y las luchas salariales y reivindicativas de los trabajadores como expresión de una cristalización de la conciencia de clase, los socialistas utópicos empalmaban con las consideraciones de los economistas clásicos, que también eran hostiles a la organización obrera y la consideraban una traba para el libre desenvolvimiento de las fuerzas económicas.⁸ La crítica se extendía incluso a los anarquistas: en una carta a Paul Lafargue, escrita en 1870, Marx ponía de manifiesto que del mismo modo en que el rechazo al estado llevaba a los ácratas a oponerse a la política misma, en los socialistas utópicos la crítica al sistema salarial conllevaba un infantil rechazo a la lucha por obtener mejoras salariales. Marx consideraba que estas “sectas” habían ejercido una influencia en un período en el cual la clase obrera no se había desarrollado lo suficiente para actuar en términos políticos; después eran un factor retardatario y regresivo.⁹

En su intervención política en el seno de la Internacional, Marx desarrolló una política de frente único pero también una lucha política: consideraba que el trabajo llevado a cabo representaba “una lucha permanente de parte del Consejo General contra las sectas y los experimentos de aficionado que intentan aislarse en la Internacional en contra del genuino movimiento de la clase obrera”.¹⁰ La caracterización sobre el lugar histórico de las luchas y avances organizativos del movimiento obrero era lo que estaba en la base de una perspectiva que consideraba que los comunistas debían alejarse de cualquier enfoque “sectario” y desenvolver su actividad “en el seno del movimiento real de los trabajadores”. Esto no implicaba que no debieran defender sus ideas y sus puntos de vista teóricos para adaptarse a planteamientos de tipo puramente reivindicativo: el punto era que los marxistas se distinguían de las sectas en tanto no intentaban “imponer” a los trabajadores ideas ajenas a la realidad sino que se basaban en las luchas y en la actividad real de los trabajadores para hacer consciente lo inconsciente.¹¹

Cuando, años más tarde, el movimiento obrero daba también sus primeros pasos en la otra orilla del Atlántico, Engels recomendaba a sus amigos políticos que debían impulsar el desarrollo del movimiento obrero, aun con sus errores y limitaciones políticas, antes de pretender que tuviese posiciones correctas desde un primer momento. En una carta de 1886 señalaba, en efecto, que

... es mucho más importante que el movimiento se expanda, se desarrolle en forma armónica, eche raíces y abarque tanto como sea posible del proletariado de los Estados Unidos, antes que comience y avance desde el primer momento sobre bases teóricas perfectamente correctas. No hay mejor camino para la claridad teórica que “durch Schaden klug werden” [aprender de los propios errores]. Y para una clase tan grande, no hay otro camino, especialmente para un pueblo tan eminentemente práctico como el americano. Lo fundamental es que lograr que la clase obrera se mueva como una clase; una vez obtenido eso, pronto encontrarán la dirección correcta, y aquellos que se resistan, H.G. o Powderly, serán abandonados con sus pequeñas sectas”.¹²

Marx y Engels no solo valoraban positivamente, como hemos visto, las luchas salariales y reivindicativas de los trabajadores sino que promovían también, desde un período muy temprano, la lucha por la obtención de sanciones legales a las mejoras obtenidas con la lucha obrera. En las “Instrucciones” a los delegados de la Primera Internacional (1866) se planteaba que luchar por una legislación protectora del trabajo no implicaba un fortalecimiento del aparato estatal de la burguesía (Marx, 1866).¹³

En la citada carta a Bolte de 1871, Marx ponía de manifiesto el modo en que, desde su perspectiva, estas luchas por la reglamentación legislativa de conquistas obreras, que ya no eran dirigidas contra los capitalistas particulares sino contra el poder político, jugaban un rol en el proceso de consolidación del movimiento obrero como movimiento político:

Todo movimiento en el cual la clase obrera se presenta como clase contra las clases dominantes e intenta forzarlas a través de una presión desde afuera es un movimiento político. Por ejemplo, el intento en una fábrica particular o incluso en una industria particular de forzar a los capitalistas a aceptar una reducción de la jornada laboral a través de las huelgas, es un movimiento puramente económico. Por otro lado, el movimiento para obtener una ley que establezca la jornada de ocho horas es un movimiento político. Y de esta manera, de los movimientos económicos separados de los obreros surge por todas partes un movimiento político, es decir un movimiento de la clase, con el objetivo de alcanzar sus intereses de un modo general, de forma tal que tenga una fuerza de compulsión general. Si estos movimientos presuponen un cierto grado de organización previa, son ellos mismos, al mismo tiempo, un medio para desarrollar esta organización.¹⁴

Hacia el último tercio del siglo XIX, de todas formas, con la progresiva consolidación de una orientación conservadora en las trade-unions inglesas —particularmente luego de la sanción de la Reform Bill en 1867, que amplió el derecho al sufragio y contribuyó a integrar políticamente a los trabajadores al régimen político— las intervenciones de los marxistas respecto al lugar de los sindicatos y las luchas reivindicativas comenzaron a otorgar un lugar más destacado a subrayar los límites de la acción de los sindicatos y la necesidad de que el movimiento obrero se desarrolle en un plano político en la perspectiva de una superación revolucionaria del capitalismo. Como hemos visto, en determinadas coyunturas se había subrayado especialmente el carácter progresivo que jugaba la acción reivindicativa de los trabajadores, al contribuir al desarrollo y fortalecimiento de la unidad y la conciencia de clase, pero en todo momento los planteos de Marx y Engels habían puesto de manifiesto los límites de la misma.

La base de la perspectiva de Marx y Engels era poner de relieve que las huelgas y los sindicatos, por sí solos, eran incapaces de plantear una salida y una superación al capitalismo, y podían convertirse en germen de una “aristocracia” obrera. Ya en *Salario, precio y ganancia* Marx destacaba que la tendencia con el desarrollo de la gran industria era inclinar la balanza cada vez más en favor del capitalista y en contra del obrero, llevando en general no a elevar el nivel medio de los salarios sino a reducirlos. Los obreros no debían cejar en sus luchas y “forcejeos” con el capital, porque en caso de hacerlo “se descalificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura”, pero en cualquier caso debían tener claro que no se debía exagerar “el resultado final de estas luchas diarias”. Se trataba de una lucha “contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos”, una pelea por “contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección”. La conclusión tenía alcances políticos destacados: los trabajadores no debían “entregarse por entero a esta inevitable lucha guerrillera, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado” sino “comprender que el sistema actual, aun con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad”.

Cuando la consolidación de una postura conservadora y apolítica muchas de las asocia-

ciones sindicales —particularmente las inglesas— se hizo inocultable, los planteos de Marx y Engels comenzarían a dar un lugar predominante a la crítica a los límites de la acción puramente gremial. En este contexto debe ubicarse la crítica a lo que se caracterizó como una “aristocracia obrera” surgida en las trade-unions británicas. En correspondencia con Wilhelm Liebknecht, Marx señalaba en 1878 que “la clase obrera inglesa se ha venido desmoralizando más y más por el periodo de corrupción que se extiende desde 1848 y ha llegado al punto de ir a la rastra del Partido Liberal (...) Su dirección ha caído en manos de líderes sindicales corruptos y agitadores profesionales”.¹⁵ En una carta a Bernstein, de 1879, Engels caracterizaba que “desde hace unos cuantos años (y en la actualidad) el movimiento obrero inglés se ha venido limitando a un estrecho círculo de huelgas por mayores salarios y reducción de jornada, no como un medio de propaganda y organización sino como el objetivo último”. El viejo dirigente cuestionaba, además, que los sindicatos ingleses “prohíben, incluso, toda acción política en principio y en sus estatutos, y por ende también bloquean la participación política del proletariado como clase”.¹⁶

Con el correr de los años, en los ochenta, Engels iría radicalizando su postura, caracterizando que la participación en la dominación del mercado mundial estaba en la base de la “nulidad política de los trabajadores ingleses”, en un cuadro en el cual los sindicatos y las huelgas habían sido aceptados e integrados por la propia burguesía:

La verdad es ésta: durante el período de monopolio industrial inglés, la clase obrera inglesa ha compartido, hasta cierto punto, los beneficios del monopolio. Estos beneficios se repartieron de manera desigual: la minoría privilegiada se quedó con la mayor parte, pero incluso la gran masa tuvo, al menos, una participación aquí y allá.¹⁷

En este marco debe analizarse la gran satisfacción expresada por Engels, cerca del final de su vida, ante la huelga portuaria del East End de Londres de 1889. Destacaba que quienes se habían organizado eran los sectores más bajos, los más descalificados, y que la huelga ponía de relieve que ellos también eran capaces de actuar colectivamente. Engels creía que la huelga de ese sector obrero, el más explotado y desprovisto de calificación, podía reflejar un nuevo comienzo para el sindicalismo inglés, que rompiera con la pasividad de las trade unions dominadas por los trabajadores más calificados: su idea era que al no estar tan fuertemente vinculados a un determinado oficio, eran más proclives a una acción conjunta y colectiva como clase.¹⁸

* * *

Durante el más de medio siglo en el que Marx y Engels desarrollaron su actividad teórica y política, el movimiento obrero conoció un extraordinario desarrollo. Si en la década de 1840, cuando ambos autores desarrollaron sus primeros escritos e intervenciones militantes, las asociaciones sindicales inglesas estaban dando sus primeros pasos, fundamentalmente en torno a la experiencia del cartismo, en la última década del siglo XIX, cuando Engels lamentaba que Marx ya no estuviera vivo para contemplarlo, el desarrollo del movimiento obrero en Europa y en los Estados Unidos había conocido un salto extraordinario, no solo en el plano sindical sino también en el terreno político. A lo largo de todas estas décadas, como hemos visto, tanto Marx como Engels desarrollaron

una activa elaboración sobre la cuestión de los sindicatos: las transformaciones históricas y las diferentes coyunturas políticas enmarcaron las distintas etapas de sus reflexiones al respecto.

En su introducción a la citada compilación de textos de Marx y Engels sobre los sindicatos, Kenneth Lapidés destacó que en la teorización de estos autores sobre el problema pueden distinguirse tres elementos fundamentales, que vale la pena recuperar. En primer lugar, la idea de que las asociaciones obreras eran un resultado inevitable del desarrollo de la industria y del proletariado bajo el régimen capitalista. Marx y Engels, como hemos visto, se concentraron en rastrear en perspectiva histórica el proceso concreto de consolidación y desarrollo del movimiento obrero al calor de sus luchas y enfrentamientos con la clase capitalista. Oponiéndose a los economistas clásicos, pero también al planteo de los socialistas utópicos, ambos pensadores defendieron la lucha “económica” y sindical de los trabajadores como algo no solo legítimo sino indispensable, en la medida en que era a través de esos enfrentamientos como los trabajadores podían poner un límite a la explotación a que se veían sometidos por los capitalistas y fortalecer su identidad y conciencia de clase. En buena medida, la capacidad de desenvolver estas luchas inmediatas en el plano reivindicativo era la precondition esencial para que el proletariado pudiera elevarse al plano de la lucha política, por una superación revolucionaria del régimen capitalista. En segundo término —y en parte, como vimos, en un segundo momento— Marx y Engels integraron la caracterización sobre el lugar de las asociaciones obreras y la lucha salarial en el cuadro más general de su crítica a la economía política. En efecto, en una interpretación más madura que cristalizó hacia la década de 1860, se caracterizó que la acción sindical de los trabajadores jugaba un papel activo en la propia determinación del valor de la fuerza de trabajo, mercancía peculiar que tenía un “doble carácter”: su valor estaba formado por un “elemento físico” pero también por un componente “social”, determinado históricamente por una cierta correlación de fuerza entre las clases. En tercer lugar, Marx y Engels nunca dejaron de destacar que la lucha puramente gremial y reivindicativa, si bien absolutamente indispensable, resultaba insuficiente para enfrentar al régimen de dominación de la burguesía sobre el proletariado. La propia dinámica de la lucha económica llevaba al enfrentamiento de clases a un terreno político: la tarea de los comunistas, para Marx y Engels, era intervenir en el desenvolvimiento del movimiento obrero para desarrollar políticamente al proletariado en la perspectiva de una superación revolucionaria de la sociedad capitalista.

Notas

1 Agradezco a Hernán Díaz y a Daniel Gaido por sus comentarios y críticas a los borradores de este artículo. Los errores que puedan subsistir son exclusiva responsabilidad del autor.

2 Las referencias bibliográficas de este artículo están basadas en la edición digital de las obras completas de Marx y Engels. En todos los casos en que se citan trabajos en inglés, la traducción es nuestra.

3 Años más tarde, en una carta a Ludlow de 1869, Marx insistía en recuperar los aportes de Miseria de la Filosofía y señalaba que los sindicatos expresaban “una necesidad histórica”.

4 Marx (1849). Publicado por primera vez en números sucesivos de la *Neue Rheinische Zeitung* en abril de 1849 y en folleto aparte, con un prefacio de Engels, en Berlín en 1891.

5 Karl Marx en el *New-York Daily Tribune*, 14 de julio de 1853.

<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1853/07/14.htm#p2>

6 En otro artículo publicado en *New York Daily Tribune* en 1853, por ejemplo, Marx ya advertía que “bajo ciertas circunstancias, el obrero no tiene otra manera de establecer si está recibiendo el valor real de mercado por su trabajo que declararse en huelga o amenazar con hacerlo”. Marx, “On the Strikes and the Value of Labor”, *New York Daily Tribune*, 27 de septiembre de 1853. Según Lapides, “anteriormente, Marx parecía no admitir la posibilidad de que los trabajadores consiguieran una mejora significativa y sostenida en sus salarios a través de la lucha colectiva. Para el momento en que escribió los *Grundrisse* (1857-1858), de todas formas, estaba claro que Marx había llegado a una visión ‘más dialéctica, más madura, más acabada’, una visión que se mantendría prácticamente sin modificaciones hasta la escritura de *El Capital*” (1987: 182 y 183; la cita textual es de Ernest Mandel, *The Formation of the Economic Thought of Karl Marx*, New York, 1971).

7 Carta de Engels a Bebel, 18-28 de marzo de 1875. <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1875/letters/75_03_18.htm>

8 “Los economistas y los socialistas están de acuerdo en un solo punto: en condenar las coaliciones. Sólo que motivan de diferente modo su condena. Los economistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones. Uniéndoos, entorpecéis la marcha regular de la industria, impedís que los fabricantes cumplan los pedidos, perturbáis el comercio y precipitáis la introducción de las máquinas, que, haciendo inútil en parte vuestro trabajo, os obligan a aceptar un salario todavía más bajo (...) Los socialistas dicen a los obreros: No os unáis en coaliciones, porque, en fin de cuentas, ¿qué saldríais ganando? ¿Un aumento de salarios? Los economistas os demostrarán hasta la evidencia que los pocos céntimos que podríais ganar por unos momentos en caso de éxito, serían seguidos de un descenso del salario para siempre (...) Los economistas quieren que los obreros permanezcan en la sociedad tal como está constituida y tal como ellos la describen y la refrendan en sus manuales. Los socialistas quieren que los obreros dejen en paz a la vieja sociedad para poder entrar mejor en la sociedad nueva que ellos les tienen preparada con tanta previsión” (Marx, *Miseria de la filosofía*, capítulo segundo, sección V). En una nota a la edición alemana de 1885, Engels aclaraba que con “socialistas” Marx se refería “a los socialistas de aquel tiempo: los fourieristas en Francia y los owenianos en Inglaterra”.

9 Carta de Marx a Paul y Laura Lafargue, 19 de abril de 1870.

<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1870/letters/70_04_19.htm>

10 Carta de Marx a Friedrich Bolte, 23 de noviembre de 1871.

<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1871/letters/71_11_23.htm>

11 Entrevista a Karl Marx en el *Chicago Tribune*, 5 de enero de 1879.

<http://www.marxists.org/archive/marx/bio/media/marx/79_01_05.htm>

12 Carta de Engels a Florence Kelley Wischnewetsky, 28 de diciembre de 1886. <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1886/letters/86_12_28.htm>

13 Si en los orígenes del capitalismo era la burguesía la que impulsaba distintos tipos de regulaciones, por ejemplo los salarios máximos, para asegurar una proletarización por vías extra económicas, luego la situación se invertía y los capitalistas eran los principales defensores del “laissez-faire”.

14 Carta de Marx a Bolte (1871), cit.

15 Carta de Marx a Liebknecht, 11 de febrero de 1878. <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1878/letters/78_02_11.htm>

16 Carta de Engels a Eduard Bernstein, 17 de junio de 1879.

<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1879/letters/79_06_17.htm>.

Ver también el artículo publicado por Engels en *The Labour Standard*, número 4, 28 de mayo de 1881.

<<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1881/05/28.htm#p2>>

17 Carta de Engels a Bebel, 30 de agosto de 1883.

<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1883/letters/83_08_30.htm>

18 Ver intervención de Engels en *The Labour Elector*, 26 de agosto de 1889.

<<http://www.marxists.org/archive/marx/works/1889/08/26.htm>>. También la carta de Engels a Schlüter, 11 de enero de 1890. <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1890/letters/90_01_11.htm>

Referencias

Engels, Friedrich (1845) *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/situacion/index.htm>.

Lapides, Kenneth (1987) *Marx and Engels on the Trade Unions*. New York: Praeger Publishers.

Marx, Karl (1847a) *Miseria de la Filosofía. Respuesta a la "Filosofía de la miseria" del señor Proudhon*. <<http://www.marxists.org/espanol/m-e/1847/miseria/index.htm>>.

Marx, Karl (1847b) "Wages". <http://www.marxists.org/archive/marx/works/1847/12/31.htm#C7>

Marx Karl y Friedrich Engels (1848) *Manifiesto del Partido Comunista* <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/48-manif.htm>

Marx, Karl (1849) *Trabajo asalariado y capital*. <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/49-trab2.htm>

Marx, Karl (1865) *Salario, precio y ganancia* <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/65-salar.htm>

Marx, Karl (1866) "Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional". <<http://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/isdp66s.htm>>.